

El soplo de vida o la función psicológica de la nariz



EUGENIO FRIXIONE

Formó, pues, Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra, y alentó en su nariz soplo de vida; y fue el hombre en alma viviente.

Génesis, 2.7

En la Capilla Sixtina hay un error muy notable. Es notable, en primer lugar, porque aparece en la más célebre representación pictórica del origen del hombre según las Escrituras. Es notable también porque, en contraste con la fidelidad con que ahí se ilustran otros episodios del Antiguo Testamento, constituye una flagrante desviación del texto bíblico. Por último, es notable en la medida en que se trata—en efecto—de una asombrosa equivocación.

Según el Libro del Génesis, la nariz tuvo un papel de primera importancia en la creación del hombre. Para infundir vida al muñeco de barro recién modelado, bastó al Creador soplar en la nariz de la efigie. Sin embargo, Miguel Ángel prefirió mostrar ese instante supremo con una escena en donde la mano derecha de Jehová alcanza la mano izquierda del todavía inánime Adán. Las manos no llegan a tocarse y los respectivos brazos de ambas figuras se encuentran extendidos por completo, de manera que las cabezas de los personajes están tan distantes entre sí como lo permiten las proporciones anatómicas. Esta relación de posiciones es la menos apropiada para sugerir el acto culminante de la Creación, cuando el soplo de vida—que en el contexto alegórico debemos suponer como emitido por los labios divinos—se insuflaría en la nariz de la criatura predilecta. No ayudaría tampoco para este fin el viento que, a juzgar por el sentido de las ondulaciones en la cabellera, la barba y el manto del Creador, cursaba con fuerza en dirección opuesta a la

que hubiera sido favorable para conducir a su destino el hálito sublime y prodigioso. En resumen, todas las condiciones que revela el fresco mejor conocido de la monumental obra son adversas a lo enunciado en el escrito en que debió basarse.

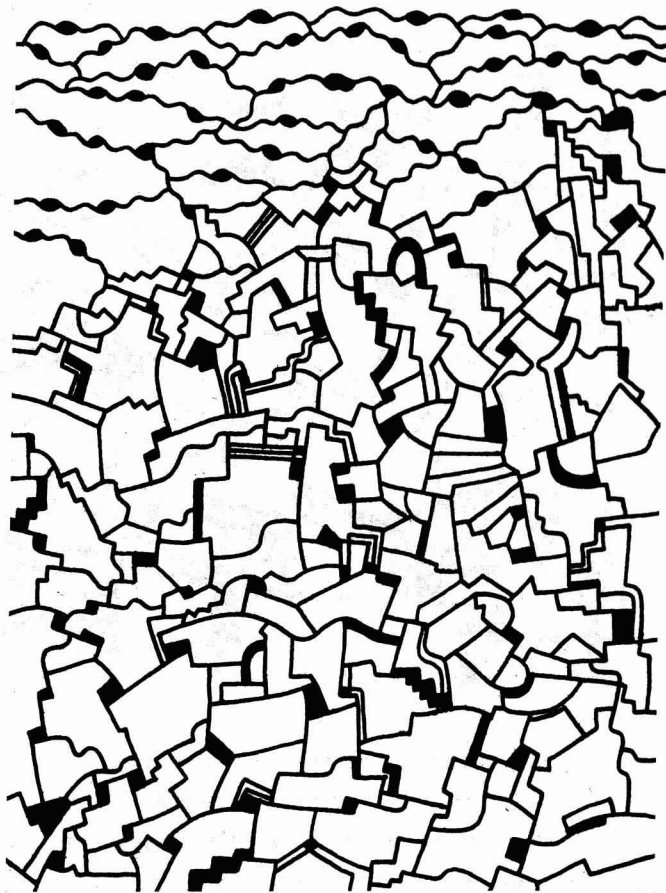
Por supuesto, es muy posible que esta singular discrepancia obedeciera a razones de composición plástica; a meras preferencias estéticas. Puede argüirse que el artista, al igual que el autor del Génesis, puso en juego su propia habilidad creativa para aludir a un misterio insondable; y que para el caso tan válido resulta concebir un *soplo vital* como un *toque vital*, siempre que provenga del Todopoderoso. Cabe también la conjetura de que el desacato refleje una inconformidad de Miguel Ángel con la narración asentada en el libro sagrado, aun cuando éste hubiera sido dictado desde las alturas. Dicha inconformidad sería comprensible; porque no fueron el corazón, el cerebro o el hígado—que tan merecida atención recibieron como centros de la actividad vital desde la más remota antigüedad—los elegidos para insertar el principio vivificante, sino un órgano relativamente modesto en comparación. Ni fue tampoco una flama refulgente o un prístino rayo de luz—símbolos convencionales de la energía divina en la iconografía de muchas culturas—el vehículo para realizar el prodigio, sino un simple soplo del Padre Eterno.

Sin embargo, sean cuales fueren los motivos, el hecho es que la escena pintada en la bóveda de la Capilla no corresponde en absoluto con el versículo del anónimo poeta hebreo. Y pese a su elocuente belleza formal, la pintura ignora un significado ancestral que a través de curiosas metamorfosis entreteje todavía nuestro lenguaje cotidiano. En

realidad el texto bíblico se limita a adaptar una noción central del pensamiento mítico muy difundida entre los pueblos primitivos, y con buena razón porque concuerda con muchos hechos observables y con algunas experiencias subjetivas bastante comunes. Intentaré mostrar aquí que no es difícil reconstruir el probable desarrollo de dicha idea y que, más que como un vuelo insensato de la fantasía, podría tenerse como el producto de un razonamiento lúcido, en principio no muy diferente del actual método científico. Ensayemos pues un breve asomo a la fisiología prehistórica y su evolución posterior hasta el Renacimiento.

Un buen punto de partida es el propio Libro del Génesis, en el mismo pasaje que refiere la creación del hombre. Leemos que, como resultado del sople de su Creador, Adán pasó a convertirse en *alma viviente*. El significado implícito de esta transición es que la figura de arcilla, hasta entonces inerte, adquirió la facultad de moverse por sí misma a voluntad. Desde ese momento pudo ya parpadear, erguirse, caminar, manipular objetos y hablar —realizar, en fin, todas las acciones que dependen del movimiento autónomo—. En esta capacidad estriba sobre todo la vida, y de ella dependen todas las otras actividades necesarias para la existencia —procurarse agua y alimento, eludir peligros, búsqueda de compañía y comunicación, engendrar descendientes, etcétera—. El movimiento autónomo de Adán es así la diferencia más obvia entre antes y después del sople de Jehová. Sin embargo, desde la perspectiva de un primitivo el movimiento autónomo no es una propiedad exclusiva del ser humano, sino de todo cuanto le rodea. Ésta es la raíz de la cuestión.

El mundo parece estar compuesto casi en su totalidad por cosas dotadas de movimiento propio, espontáneo y natural. Astros que navegan disciplinadamente por el cielo de día y de noche; vientos que soplan con dirección y fuerza veleidosas; mareas y oleajes que azotan las costas con una tenacidad incansable; ríos que crecen y decrecen con regularidad, sin dejar casi nunca de correr; lluvias, nieve y granizo que caen desde las alturas, así como humos y vapores que ascienden hacia ellas; flamas que se contorsionan a su capricho; rayos atronadores que brincan de un lugar a otro; peñascos y aludes que de repente se lanzan cuesta abajo; montañas que de pronto escupen densos nubarrones y materias incandescentes; la tierra misma que de tanto en tanto se sacude en convulsiones, y, por supuesto, las incontables criaturas que de continuo nacen y pululan en las aguas, las selvas y los desiertos. No es de sorprender, por consiguiente, que las sociedades primitivas hayan llegado a una conclusión

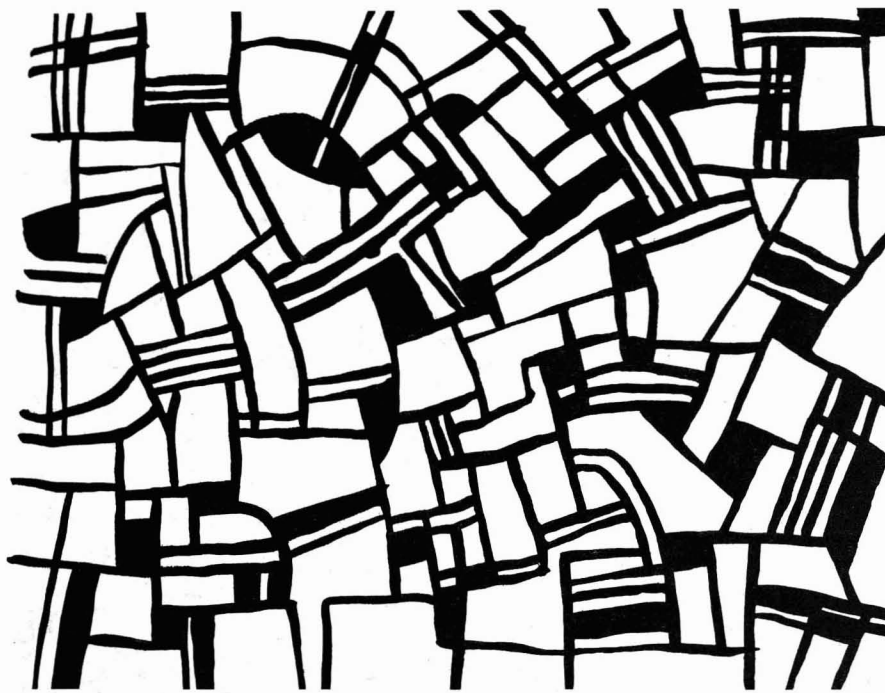


análoga a la que sostiene la ciencia moderna: el universo entero se encuentra en movimiento perpetuo.

Para el hombre primitivo —nos dicen los antropólogos— el mundo no es inanimado ni vacío, sino pleno de vida; y esta vida posee individualidad en el hombre, en la bestia, en la planta y en todo fenómeno que se presenta —el trueno, el obscurecimiento repentino, una imponente y desconocida claridad en el bosque, la piedra que de repente le hace daño cuando tropieza en una cacería—. Cualquier fenómeno puede surgir ante él, en todo tiempo, no como un *ello*, sino como un *tú*.¹

De acuerdo con esta concepción, el cosmos está constituido por innumerables seres distintos entre sí y todos ellos, al igual que los humanos, tienen cada cual su idiosincracia particular. Lo importante no es tanto entender cómo funcionan sino —tal como conviene en general también con los humanos— aprender a convivir con ellos, procurarse su benevolencia y evitar en lo posible su enemistad. Ni más ni menos; un enfoque práctico de sabia diploma-

¹ H. Frankfort et al., *El pensamiento prefilosófico, I, Egipto y Mesopotamia*, FCE, México, 1954, p. 16.



cia ecológica que la actual civilización industrial no puede sino envidiar. La animación generalizada es percibida como una propiedad vital inmanente del entorno total, puesto que todo se mueve en uno u otro momento. De hecho, lo difícil es señalar algo que permanezca por siempre inmóvil. "Sencillamente, el primitivo no conoce el mundo inanimado."² Así, desde los inicios de la capacidad racional parece existir una firme asociación intuitiva entre las nociones de vida y movimiento. Pero, también desde esos remotos orígenes, esta identidad entre ambos conceptos ha entrañado un molesto problema. Porque todo primitivo sabe muy bien que llegará un día en que él mismo dejará de moverse definitivamente. Y le resulta imposible no preguntarse qué ocurrirá entonces con su propia vida.

La idílica ausencia de reflexión acerca de la causalidad física de los fenómenos naturales parece haberse visto así perturbada en estas sociedades por la necesidad de meditar sobre la continuidad de la vida y del movimiento. Y sucede que este último es un atributo que varía de manera muy notable entre las diversas formas de *vida*. En algunos casos —como los cuerpos celestes, los mares y los grandes ríos— la actividad es más o menos regular o rítmica; podrá incrementarse o disminuir en ocasiones, pero jamás se interrumpe. Por el contrario, en otros casos —el fuego, los animales y los humanos— la agitación es voluntariosa y se detiene por completo tarde o temprano. Incluso dentro de esta segunda categoría se observan disparidades, porque mien-

tras algunas de estas vidas se extinguen al mismo tiempo que desaparece el elemento que las posee —como la del fuego—, otras simplemente abandonan el cuerpo que animan dejando atrás un cadáver inerte y rígido.

Por fortuna el primitivo cuenta con indicios de que esta cesación irreversible del movimiento corporal no significará una extinción absoluta de su persona. La imagen de los difuntos se presenta con frecuencia en los sueños de los vivos, de donde puede inferirse que un duplicado intangible del muerto, exteriormente idéntico pero tan sutil que puede atravesar los muros como la luz pasa a través del agua, persiste de alguna manera fuera del cuer-

po momificado, incinerado, o cedido a la descomposición. Por otra parte, nunca han faltado algunos vivos que aseguran poder entablar a voluntad comunicación con tales duplicados fantasmales, incluso mucho tiempo después de ocurrido el deceso. Para los miembros de la única especie que puede anticipar, con un horror intolerable, la aniquilación final e irremediable que espera a cada individuo, estos datos son suficientes para convencerse de que los difuntos siguen viviendo, si bien en otro lado y de otra manera. De dichas experiencias el primitivo obtiene la certeza de que la muerte no es más que un tránsito hacia una realidad diferente, hacia una comunidad constituida por seres inmortales y presidida por jerarquías de aquellas entidades que son obviamente impercederas, es decir, las personalidades representadas por los astros, las aguas, la tierra, los bosques, etcétera. Éste es en resumen, conforme a la teoría clásica propuesta por Edward Burnett Tylor, el origen de la mayoría de las religiones.

La reconfortante certidumbre de la continuación de la vida personal en el más allá, sin embargo, no alcanza a satisfacer todas las acuciantes dudas que plantea el hecho de la muerte. La inmovilidad corporal que sigue a la defunción puede explicarse con la salida del doble intangible que hasta ese momento había inducido la actividad vital. Pero sucede que —quizás más a menudo que los difuntos— también los vivos aparecen en los sueños de otros vivos, de donde es preciso concluir que los duplicados fantasmales pueden desprenderse temporalmente de sus respectivos cuerpos sin que de esta separación transitoria resulte por necesidad la muerte. Cabe pensar, por consiguiente,

² *Idem.*

que cada quien tiene más de un doble; quizás un conjunto de varias copias del cuerpo con diferentes grados de sutileza, y que por lo común comparten el mismo espacio aunque puedan separarse por un rato bajo ciertas circunstancias. Así, durante el sueño el cuerpo de materia palpable quedaría acompañado por algunos de sus duplicados, que cuidan de mantenerlo con vida mientras los otros se dan una vuelta al país de los sueños para luego regresar. Ausencias más prolongadas y en ocasiones más difíciles de revertir—como ocurre con los enfermos que no vuelven en sí—implican acaso otras clases de reparticiones de las copias dentro y fuera del cuerpo material.

No obstante, la muerte tiene un carácter terminal claramente distinto del estado de inconsciencia y pasividad duraderas. Cuando el moribundo fallece ocurre un cambio irreversible; el cuerpo físico es abandonado de manera definitiva por todo aquello que le confería vida propia. Esto no significa necesariamente que todos los componentes *vitalizantes* se marchen a la vez, porque algunas manifestaciones de vida—como el crecimiento del pelo y las uñas—pueden proseguir por algún tiempo después del deceso. Pero esta propiedad no cancela el hecho irrevocable de que la persona ha muerto. En un momento dado le ha abandonado para siempre un agente vital único que antes poseía, y en ese instante preciso ha dejado de contarse ya entre los vivos de este mundo. Es entonces que sobreviene la inmovilidad permanente.

¿Qué pierde pues el cuerpo cuando de pronto se convierte en cadáver? ¿Cuál es ese factor esencial para la vida aunque invisible por completo? ¿De qué naturaleza podrá ser esa cualidad de la que depende en forma tan tajante la transición súbita de un estado a otro? La sola observación ofrece al primitivo la respuesta. A la vez que el movimiento autónomo de los miembros, el cuerpo pierde, antes que ninguna otra cosa, la respiración y los latidos del corazón, que son en sí mismos formas de movimiento. Sólo algún tiempo después pierde el calor; más tarde, la flexibilidad; por último, su integridad física. La falta de respiración, de la acción constante de abastecerse de aire, es obviamente la clave de los cambios subsecuentes porque la sola asfixia conduce de manera inexorable a ellos. Sin lesionar ni envenenar al cuerpo, sin golpearlo ni introducir en él armas o ponzoña alguna—dejándolo intacto—, basta con que carezca de aire para que perezca sin remedio. Es evidente que la respiración constituye la principal de las funciones vitales, pues nunca se interrumpe por mucho tiempo sin consecuencias fatales. Un hombre puede resistir más de un

ciclo lunar sin tomar alimento y algunos días sin beber agua, pero fallece a los pocos instantes de ser privado de aire. El acto de aspirar aire hacia el interior del cuerpo y expelerlo enseguida para de inmediato absorber otra ración es, junto con el palpitante del corazón, un trabajo incesante durante la vigilia y el sueño, en la salud y la enfermedad, hasta el momento mismo de la muerte. No puede por tanto caber duda alguna de que el aire es el más precioso e indispensable de los ingredientes que el cuerpo requiere del ambiente. La vida corporal está íntimamente asociada con un continuo suministro de este elemento esencial, que no en balde se encuentra en tan inagotable abundancia en el exterior.

Hay además signos muy claros de que el aire desempeña un papel crítico tanto en el inicio como en la terminación de la vida. El último acto del moribundo consiste por lo general en una exhalación; y ésta es la acción opuesta a su primera manifestación de existencia independiente cuando, apenas expulsado del vientre materno, tuvo que hacer una profunda inhalación antes de proclamar con un grito su llegada al mundo de los vivos. Entre estos dos momentos extremos, vivir implica una serie incesante de inhalaciones y exhalaciones. Es también claro que la renovación regular de aire en el cuerpo es un requisito esencial para alimentar el fuego interno, un fuego invisible pero cuya presencia indudable atestiguan la misma tibieza del aliento y la calidez de las entrañas que irradia hasta la piel. Este horno vital, al igual que cualquier otro, se apaga tan pronto no dispone de aire suficiente. Es entonces comprensible que, al extinguirse su fuente natural de calor intrínseco por falta de ventilación, el cuerpo se enfríe gradualmente. Y tal como ocurre con la manteca y los aceites, el agua o los metales, el enfriamiento conduce a la rigidización. Este estado, a su vez, favorece la fragmentación y la pulverización.

Por otra parte, existen muchos indicios de que el aire está directamente relacionado con los movimientos que ejecuta el cuerpo. La demanda de aire aumenta, con el consiguiente incremento de la frecuencia y la profundidad de la respiración, siempre que el cuerpo corre o realiza cualquiera otra actividad física intensa. Además, la eficacia del cuerpo para desarrollar un esfuerzo mayor—como puede ser levantar una roca pesada—mejora si antes toma y retiene una cantidad de aire superior a la habitual. Y no únicamente los movimientos de los miembros o la respiración misma parecen depender del aire. Éste penetra en el cuerpo, transita por el interior y sale de nuevo a su libre arbitrio—en forma de tos, estornudos, hipo, suspiros, eructos y flatulencias—ocupándose de promover con ello la expulsión de flemas,

vómitos y excrementos. No es de sorprender entonces que todos estos movimientos, e incluso los del propio corazón, se detengan por completo cuando el aire deja de ingresar al cuerpo por unos cuantos minutos.

Para la imaginación de muchos primitivos el agente activador, aquello cuya potencia vigorizante determina la diferencia entre la quietud pasajera de un cuerpo dormido y la inmovilidad irreversible de un cadáver, difícilmente puede ser otra cosa que la pujanza del aire. El aire, que de continuo se introduce por nariz y boca hasta lo profundo del cuerpo viviente, está casi siempre en movimiento, acariciante o huracanado, porque tiene vida y es vida en sí mismo. Invisible por completo, pero con un poder capaz de sacudir a su capricho las arboledas e impulsar los navíos a contracorriente río arriba, el aire es el principio que agita y hace vivir a toda la naturaleza. Y es por virtud del aire que el hombre, los animales y los demás seres se mueven. De aquí que, cuando el aire abandona el cuerpo, éste quede inerte.

La muerte corporal es entonces sólo una mudanza del aire que se lleva consigo la vida. Y puesto que con ésta se van también los duplicados intangibles que preservarán la existencia del difunto en el más allá, ¿por qué no pensar que tales dobles son igualmente impelidos por el aire? O mejor aún, que sean ellos mismos de naturaleza aérea como sugieren su impalpabilidad e invisibilidad. Así lo indican también sus atributos específicos, aquellos que permiten distinguir la personalidad de cada cual. Porque el pensamiento—como el aire—se mueve siempre, suave o agitado, de un lugar a otro. Además, la voz es aire y de aire están hechos por lo tanto el llanto, la risa, el canto y las palabras. Así, el aire es el vehículo primario para el movimiento (expresión y comunicación) de sentimientos e ideas entre los individuos, y con ello el factor determinante para la organización básica de la sociedad humana capaz de generar y transmitir cultura. El aire-vida y el o los dobles intangibles del cuerpo son sin duda idénticos en el fondo.

Es probablemente a partir de deducciones como éstas que a menudo el pensamiento mítico concluye que la verdadera clave de la vida radica en el aire. El aire-vida es el principio que mueve tanto el cuerpo como la mente. Vivir es ante todo resultado de la entrada y salida de aire del cuerpo. Esta idea se expresa en el significado literal de las palabras empleadas para denominar el principio vital en las dos culturas que convergieron para nutrir la actual civilización occidental. En el siglo XIII a. C. los hebreos usaban ya el término *néfesh*, traducible como ‘algo que respira’, para

designar aquello que mueve a todo ser viviente. Por su parte, al menos desde los tiempos homéricos, los griegos se referían ya a la potencia que activa a los organismos con el nombre de *psykhé*, cuya etimología se relaciona con el verbo *psykhein*, ‘soplar o respirar’. Dado que todo el universo vive y se mueve, la generalización del concepto era de esperar: “Tal como la *psykhé*, que es aire, nos mantiene unidos, así el aliento y el aire circundan el mundo entero.”³

Con estas palabras Anaxímenes, el más joven de los tres grandes sabios de Mileto, establece formalmente en la filosofía griega al aire (*aer*) como *psykhé* individual y universal. Diógenes de Apolonia, un heredero intelectual de Anaxímenes, adelanta más tarde la misma teoría con la propuesta de que aire móvil y caliente (*ánemos*), o sea energético, es no sólo el agente vital sino también un principio mental (*noesis*):

los hombres y los demás animales viven por respirar aire, y el aire hace para ellos de *psykhé* y de *noesis* ... y cuando el aire se retira muérense y los abandona la *noesis*. Y me parece que lo que los hombres llaman aire es lo que posee *noesis*, y por la *noesis* se gobierna todo y la *noesis* gobierna sobre todos ... Y en todos los animales la *psykhé* es una y la misma cosa: aire, más caliente que el aire exterior en que estamos, mucho más frío que el aire contigo al sol.⁴

Por razones muy diferentes ni Sócrates o Platón, por un lado, ni los filósofos atomistas, por el otro, convinieron en aceptar que la *psykhé* fuera de naturaleza aérea. Sin embargo, Aristóteles retomó la idea de que un aire caliente desempeña un papel determinante en la vida de los cuerpos constituidos por órganos. Sólo que no se trata ya del *aer* común de Anaxímenes, que dotado de energía deviene en el *ánemos* de Diógenes. Aristóteles añade el atributo de sutilidad extrema, que imparte a este aire una naturaleza análoga a la del éter, el elemento perfecto que se encuentra únicamente en el espacio más allá de la luna y del que están hechos los planetas y las estrellas. Este aire especial—el *pneuma*—mantiene la organización funcional o *entelequia* de los cuerpos vivientes, comportándose como un agente móvil que con ágiles y atinados desplazamientos calienta ligeramente ciertas regiones corporales al tiempo que enfría otras, e induce con ello la dinámica característica de cada órgano en el ser viviente. Este concepto serviría luego de base

³ G. S. Kirk et al., *Los filósofos presocráticos*, Gredos, Madrid, 1987, p. 233.

⁴ *Los presocráticos*, tr. de J. D. García Bacca, FCE, México, 1980, p. 334.

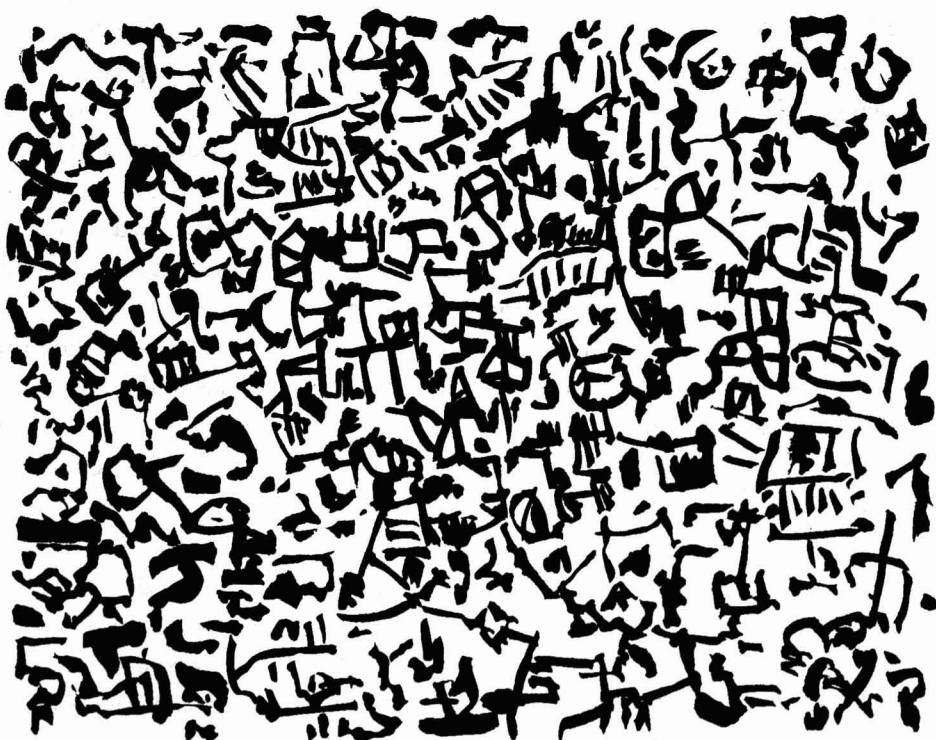
a Galeno para formalizar una exitosa y muy longeva escuela de fisiología pneumática.

Dos siglos antes y con la autoridad de nada menos que San Pablo—quien distinguió diferencias específicas entre la *psykhé* y el *pneuma* en relación con el cuerpo del hombre terrenal—, los flujos vivificantes de aires calientes y etéricos quedaron debidamente santificados para ser incorporados a la fe cristiana. Durante la Edad Media europea, la traducción de los textos griegos al latín sustituyó la palabra *ánemos* con *ánima*, virtualmente equivalente a *psykhé*. El verbo latino *spirare*—soplar o respirar— permitió que el *pneuma* aristotélico se convirtiera en *spiritus*, que significa literalmente ‘aliento o respiración’. El agente que mueve al cosmos es entonces, en acuerdo tácito con el esquema de Diógenes, el *Spiritus Mundi*. Pero el *pneuma* propio del dios cristiano, imbuido por consiguiente de su infinita sabiduría, no es otro que el Espíritu Santo. Es este hálito supremo, que mueve a la divinidad misma y es exhalado directamente por ella, el que debió introducirse en la nariz de Adán para dotarle de *ánima viviente*. Fue una deferencia muy especial, única, porque ya antes había provisto Jehová de *ánima viviente* a los reptiles⁵ y otros animales sin necesidad de soplar en ellos. En el caso de Adán la intención fue producir una criatura a *imagen y semejanza* del Creador,⁶ y para conseguirlo éste hubo de modelarla primero e insuflarle enseguida su propio aliento divino a través de la nariz. Sólo así el alma del hombre tendría esencia divina, en contraste con las ánimas de otras criaturas.

Sobra decir que la jerarquía eclesiástica en el Renacimiento cuidaba que esta rica trama de significados fuera bastante mejor conocida que hoy en día. Sin embargo, Miguel Ángel plasmó en la Capilla Sixtina una composición incompatible con el acto de Jehová de soplar en la nariz de Adán. En su lugar, eligió representar la infusión de vida en la figura inánime mediante un gesto manual del Creador. Con ello, hizo de la creación del hombre un acto divino equivalente a la creación del sol, la luna o las

plantas, es decir, desprovisto de su carácter singular. He aquí su enorme equivocación, al margen, desde luego, del impresionante acierto artístico que hizo capitular al mismísimo Papa Julio II, que ordenó realizar la obra.

La noción primitiva de que vida y movimiento son manifestaciones del inmenso poder del aire perdura infiltrada en el lenguaje de nuestros días. Una y otra vez, sin que nos percatemos de ello, aparece en nuestro discurso hablado o escrito esta idea milenaria. Un ser vivo con movimiento autónomo es un *animal*. Se *alienta* a los deprimidos para que se *animen* y se *reaniman* los desmayados. Los artistas producen sus mejores obras cuando están *inspirados*, mientras que un agonizante *expira* cuando su *espíritu* abandona su cuerpo. Las bebidas que afectan mucho el estado de *ánimo* se llaman *espirituosas*, porque su extraño poder deriva del *espíritu* que fue necesario evaporar de la uva u otro fruto para luego colectarlo en estado puro como líquido. El estudio de los cambios de humor o *emociones* (del latín *e-movere*, ‘agitación del ánimo’) es asunto de la *psicología*, y la corrección de alteraciones malignas en este terreno compete al *psicoanálisis* y a la *psiquiatría*. Las variantes y acepciones semánticas de estas palabras son numerosas, pero desde el punto de vista etimológico todas ellas se refieren, en última instancia, a flujos de aire. En este sentido es legítimo afirmar que la función psicológica de la nariz es, sencillamente, respirar. ♦



⁵ Génesis 1, 20.

⁶ *Ibid.*, 26 y 27.